QUETZALCOATL: LA HISTORIA Y EL MITO

INTRODUCCION

La importancia del personaje *Quetzalcóatl* en las civilizaciones mesoamericanas es evidente. Hasta tal punto que si bien es cierto que no todos los mitos ni todas las divinidades de ese área pueden reducirse a él, *Quetzalcóatl* constituye el núcleo fundamental de la mitología precolombina en Mesoamérica.

Los numerosos y valiosísimos trabajos que se le han consagrado desde que existen los estudios precolombinos han tenido como mérito fundamental el de proporcionarnos una abundante bibliografía histórica y un material de base muy rico y variado en el aspecto mitológico. Mas en mi parecer, hasta el presente las investigaciones se orientaron hacia la satisfacción de la curiosidad histórica, tratando de averiguar en los arcanos nahuas quién, cuándo y cómo fue *Quetzalcóatl*. Esta insistencia en el aspecto histórico lleva como secuela inevitable un detrimento de la dimensión mítica de ese personaje, que es, con mucho, la principal.

Nuestro propósito será poner de relieve la personalidad mítica de *Quetzalcóatl*, pero haciendo ver que su simbólica no es una simbólica gratuita, sino que deriva directamente, y a veces se confunde con ellos, de los datos históricos. Por ello no hemos de escatimar nuestro rigor crítico, ya que decir «mito» no es decir campo libre donde la imaginación creadora del investigador pueda atribuir cualidades o establecer relaciones a su gusto. Al contrario, precisamente porque existe ese peligro, aquí más que en ningún otro terreno la investigación ha de atenerse rigurosamente a los textos y documentos. El problema consiste en realizar una doble lectura de un mismo texto: la lectura histórica y la mítica o metahistórica.

Ce-Acatl-Quetzalcóatl: ¿Qué se oculta detrás de esta apelación? A esta pregunta cabe responder de dos maneras diferentes y ambas válidas: o bien respondemos desde los datos históricamente verificables, tratando de situar a este personaje en un espacio y en un

tiempo determinado, o bien ensanchamos nuestra óptica y nos preguntamos no solamente quién era *Quetzalcóatl*, sino, sobre todo, quién era *Quetzalcóatl* para los toltecas. El matiz no carece de interés en el ámbito religioso, como tendremos ocasión de ver posteriormente.

No nos sería muy difícil situar a *Quetzalcóatl* histórica y geográficamente. Pero de la lectura de los textos, de cada página, de cada línea, se desprende un personaje que se resiste a ser limitado por categorías de espacio o de tiempo.

En efecto, los documentos que nos han llegado y que nos hablan de la historia de este hombre (que existió realmente) nos hablan de la dimensión mítica, que es la dimensión que más interesa a los cronistas y a los informadores indígenas de los cronistas. Y son conocidas las contradicciones aparentes que una narración mítica presenta a una mentalidad racional, dada la naturaleza fluida, inasible, movediza, del mito. Tales contradicciones no son sino aparentes, pues para el creyente la verdadera realidad histórica es aquella que es estudiada a la luz del mito. Sahagún, por ejemplo, no nos ofrece un tratado sobre *Quetzalcóatl*. Se limita a transmitirnos lo que este personaje significaba para aquellos que creían en él, lo que ellos mismos le transmitieron a él.

Tratándose de un mito, aun cuando a veces nos fuera posible situar en el tiempo y en el espacio a algunos personajes, hemos de admitir una gran diferencia entre el personaje histórico y el personaje «vivido» por el creyente. Y ahí es precisamente donde interviene el carácter estrictamente específico del mito: dando al dato histórico una perspectiva metahistórica.

Comenzaremos presentando el conjunto de testimonios que hemos recogido sobre el *Quetzalcóatl* histórico; a continuación abordaremos su verdadera personalidad mítica e intentaremos ver cómo estos dos personajes se completan, se iluminan y se explican mutuamente en la perspectiva metahistórica de que acabamos de hablar.

PERSONALIDAD HISTORICA

A) *Sahagún*

Nos le presenta como rey de Tula. Pero no se encuentra en Sahagún una gran profusión de detalles relativos a su vida terrestre. Nos cuenta, no obstante, las estratagemas de que fue víctima *Quetzalcóatl* al final de sus días por parte de sus enemigos. Según Sahagún (1), *Titlaocan*, que no es sino *Tezcatlipoca*, uno de los nigromán-

(1) Sahagún, Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro III, capítulo IV. Edición de Pedro Robredo, t. I, p. 269.

ticos o brujos, había venido a visitar a *Quetzalcóatl*, anciano y enfermo, y le había ofrecido una medicina «muy buena y saludable, y se emborracha el que la bebe; si quisiéreis beber, emborracharos ha, y ablandaros ha el corazón, y sanaros ha, y acordárseos ha los trabajos y fatigas de la muerte y de vuestra vida».

El nigromántico *Titlaocan* le dice que se vaya a *Tullantapallan* y le invita a beber. *Quetzalcóatl*, habiendo bebido dos veces, se puso a llorar tristemente y su corazón se ablandó. Lo que había bebido era vino blanco de la tierra, hecho de agaves que se llaman *teometl*. Durante seis capítulos continúa Sahagún exponiéndonos las maquinaciones urdidas por sus enemigos entre los habitantes de Tula, tendientes a destruir la fe que éstos, los tulanos, tenían en su prócer. Agotado por las intrigas de sus enemigos, *Quetzalcóatl* decidió abandonar Tula y partir para *Tlapallan* y decidió al mismo tiempo llevarse consigo todas las riquezas y todas las artes que había enseñado a los toltecas, pues, según el manuscrito de los *Cantares mexicanos*,

> «Los toltecas eran sabios; la *toltecayotl*, el conjunto de sus artes, su sabiduría, todo procedía de *Quetzalcóatl*... los toltecas eran muy ricos, eran muy felices, nunca tenían pobreza o tristeza... los toltecas eran experimentados, tenían por costumbre dialogar con su propio corazón... conocían experimentalmente las estrellas, les dieron sus nombres. Conocían su influjo, sabían muy bien cómo marcha el cielo, cómo da vueltas...» (2).

En su marcha pasó *Quetzalcóatl* por *Quauhtitlan*, que a partir de ese día se llamó *Huehuequauhtitlan*, pues «al mirarse en un espejo se había visto muy viejo».

Quetzalcóatl realizaba prodigios por todas partes por donde pasaba. Después de haber hecho levantar un puente sobre el río *Tepenaoayan*, los nigrománticos salieron a su encuentro y le hablaron así:

> «Idos en hora buena y dejad todas las artes mecánicas de fundir plata y labrar piedras y maderas y pintar y hacer plumaje y otros oficios» (3).

Los nigrománticos robaron todo lo que *Quetzalcóatl* poseía. En otro encuentro con otro brujo éste le obliga de nuevo a beber vino y le embriaga. En el camino los pajes de *Quetzalcóatl* mueren de frío entre el *Popocatepetl* y el *Iztaccíuatl*. Realizaba grandes obras y daba nombres a las montañas y a los ríos:

---

(2) *Cantares mexicanos*. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México. 1.ª parte: Poesía Nahuatl II. Edición y traducción de Angel María Garibay K. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional. México, 1964 (citado por Portilla, León, en: *Quetzalcóatl*, México, 1968, p. 33).

(3) Sahagún, *o. c.*, cap. XIII, p. 280.

«Cuando llegó a la ribera del mar, mandó hacer una balsa formada de culebras, que se llama *coatlapechtli*, y en ella entró, y asentóse como en una canoa; y así se fue por la mar navegando, y no se sabe cómo ni de qué manera llegó al dicho *Tlapallan*» (4).

B) *Mendieta*

Para Mendieta (5), *Quetzalcóatl* es hijo de *Iztamixcoatl* y de su amante *Chimalmatl*. Era soltero, muy virtuoso y penitente, se horadaba las orejas y la lengua «no por servir al demonio, sino contra el vicio de oír y de hablar».

Era rey de Cholula, venido de la parte de Yucatán, blanco, de ojos negros, con una gran barba redonda. Se quedó en Cholula durante veinte años, al cabo de los cuales

«... se tornó por el camino por do había venido, llevando consigo cuatro mancebos principales y virtuosos de la ciudad; y desde *Guazacalco* los tornó a enviar; y entre otras doctrinas que les dio fue que dijesen a los vecinos de la ciudad de *Cholula* que tuviesen por cierto que en los tiempos venideros habían de venir por la mar, de hacia donde sale el sol, unos hombres blancos con barbas largas, como él, y que serían señores de aquellas tierras, y que aquéllos eran sus hermanos, y los indios siempre esperaban que se había de cumplir aquella profecía, y cuando vieron venir a los cristianos, luego los llamaron dioses, hijos y hermanos de *Quetzalcoatl*, aunque después de que conocieron y experimentaron sus obras, no los tuvieron por celestiales» (6).

La discordancia entre Sahagún y Mendieta es sorprendente, pues mientras el primero lo presenta como rey de Tula, para el segundo es rey de Cholula. Sahagún, al hablar de Cholula, nos dice que había sido fundada por los que habían huido de Tula cuando *Quetzalcóatl* se fue para *Tlapallan* (7).

Después de haber resumido a Sahagún, Mendieta nos cuenta el origen del calendario: los dioses *Oxomoco* y *Cipactonal* querían dar un cómputo a los hombres, pero antes pidieron consejo a «su nieto *Quetzalcóatl*, que era el ídolo de Cholula». Esto sucedió en Cuernavaca, en dode «aún hoy día hay un barranco en el camino de Cuernavaca a Yaupetec», donde se pueden ver esculpidas las imágenes de *Oxomoco* y *Cipactonal*.

---

(4) *Ibid.*, cap. XIV, p. 282.

(5) Mendieta, Fray Gerónimo de: *Historia eclesiástica indiana*... (sacada de cartas y otros borradores del autor), México, 1945, pp. 100-101.

(6) L. c.

(7) Sahagún, libro III, cap. XII, t. I, p. 278.

C) *Clavigero*

Hace un extracto de Sahagún, añadiendo algunos detalles sobre el culto a *Quetzalcóatl* entre los cholultecas. Parece que los habitantes de Cholula concedieron el gobierno de su ciudad a los jóvenes que *Quetzalcóatl* dejó partir una vez llegados al borde del mar. Estos jóvenes contaron unos que *Quetzalcóatl* había muerto, otros que había desaparecido. Clavigero concuerda con Sahagún (8).

D) *Durán*

Quetzalcóatl aparece como *Topiltzin,* último rey de los toltecas, y como *Huemac,* gran sacerdote tolteca. Durán no debe estar muy bien informado, pues sabemos por los Anales de *Cuauhtitlan* (9) que después de *Quetzalcóatl* hubo todavía cuatro reyes en Tula: *Matlaxochitl, Matlacoatzin, Tlicohuatzin* y *Huemac* (10).

E) *Orozco y Berra*

Resume a Torquemada diciendo:

> «Establecido que estuvo el reino de Tollan, aparecieron en la provincia de Pánuco algunas personas vestidas de trajes talares, cubiertas las cabezas, sin reencuentro de guerras, y antes bien, recibidas y festejadas en todas partes, atravesaron de las costas al interior de las tierras, llegando al fin a Tollan, en donde se los admitió con la mayor benevolencia. Los recién llegados eran extranjeros. Sabían labrar los metales y las piedras, el cultivo de la tierra y multitud de otras industrias, por lo cual se les tenía en gran estima y se les hacía honra. El jefe de los extranjeros era *Quetzalcóatl.* Era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, cabellos largos y negros, la barba grande y redonda. Casto, muy amigo de la paz, pues se tapaba los oídos cuando se hablaba de la guerra. Inteligente y justo, sabedor de las ciencias y de las artes, con su ejemplo y su doctrina predicó una nueva religión, inculcando el ayuno, la penitencia, el amor y el respeto a la divinidad. Su predicación encontró entre los tulanos inmenso número de prosélitos, llegando a ser el pontífice de su culto. Entonces gozó Tollan de una edad abundante y próspera, cual el reinado de Saturno. Sabio, sacerdote, legislador y taumaturgo, nadie como él era querido y reverenciado» (11).

---

(8) Clavigero, Francisco Javier: *Historia antigua de México.* Edición y prólogo del R. P. Mariano Cuevas. México, 1958, t. II, pp. 67-72.

(9) *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles* (traducción directa del nahuati por el licenciado don Primo Feliciano Velázquez), México, 1945, pp. 11-12.

(10) Durán, Fray Diego: *Historia de las Indias de Nueva España* (escrita en el siglo XVI, publicada por Angel María Garibay K.), México, 1967, t. I, pp. 9-15; t. II, p. 507.

(11) Orozco y Berra: *Historia antigua de las culturas aborígenes de México,* México, 1954, página 154.

También saca extractos de Sahagún en el libro III de su *Historia general,* y nos dice:

> «Mudable es la fortuna de este mundo y la de *Quetzalcóatl* menguó al cabo. El dios *Tezcatlipoca* bajó del cielo por el hilo de una araña, tomó la forma de un anciano presentándose en la casa de su enemigo; rechazado primero, admitido después, intimó al pontífice que abandonara la ciudad, persuadiéndole a fuerza de ruegos tomara el vino blanco de la tierra sacado del *teometl;* resistió el sabio, pero vencido por las súplicas saboreó el pérfido licor y se embriagó. La vista de su falta le produjo entre el pueblo gran discrédito. *Tezcatlipoca,* por otros nombres *Titlacauan* y *Tlacahuepan,* se convirtió en un indio forastero que, desnudo y bajo la denominación de *Tobeyo,* se sentó a vender aji verde en el mercado de *Tollan. Huemac,* rey de los tulanos, tenía una hija, doncella muy hermosa, la cual acertó a distinguir al *Tobeyo,* y antojósele tanto que enfermó de amores. Para curaría, pues se moría, fue preciso buscar al *Tobeyo,* traerlo a palacio, vestirle y dárselo por esposo. Matrimonio tan desigual disgustó a los vasallos, quienes prorrumpieron en destemperadas murmuraciones. A fin de acallar el disgusto público, *Huemac* decidió deshacerse de su importuno yerno; envióle a la guerra de *Coatepec,* ordenando secretamente a sus capitanes lo hicieran perecer. En la batalla dejaron abandonado al *Tobeyo* con los pajes, enanos y cojos; mas cuando los enemigos los acometieron, pelearon con tanto brío que salieron vencedores. Fue indispensable que *Huemac* y los tulanos salieran a recibir al plebeyo con gran fiesta, poniéndole las armas *quetzalapancayotl* y *xiuhxhimalli,* divisas de los triunfadores. Para solemnizar el triunfo, *Tlitacahuan* reunió una gran multitud para cantar y bailar; entretúvolos hasta la media noche, en que los danzantes se despeñaban en el barranco texcallanco, convirtiéndose en piedras; en figura de un valiente guerrero *tequilhua* dio muerte a muchos guerreros... Funestos presagios de ruina se veían por todas partes. Volaba no distante de la tierra el *Iztaccuixtli* pasado con una flecha; la sierra de Zacapán arrojaba llamas por la noche; llovieron piedras, y cayó del cielo una gran piedra a la cual llamaron *techcatl,* sobre la cual sacrificaban a los que querían morir. A la peste siguió el hambre, faltaron los mantenimientos y los que se encontraban eran mortíferos. Tanto arreciaron las calamidades que *Quetzalcóatl* decidió abandonar *Tollan.* Ninguna súplica le detuvo, poniéndose en camino en compañía de sus parciales. Quemó sus casas, sepultó sus riquezas, dio libertad a los pájaros y precedido de músicos flautistas, se alejó para siempre de la ingrata ciudad. Detenido dos veces en el tránsito por los ruegos de sus sectarios, no mudó de propósito; aseguraba ir a *Tlapallan,* al llamado de su señor, e iba a ver el sol. Por el tránsito fue haciendo prodigios... Afligido por la pena, mirando morir a sus pajes, enanos y corcobados, por el frío entre los volcanes, abandonado de casi todos, logró por fin llegar a *Cholollan.* Recibido en amorosa hospitalidad pudo reposar tranquilo, predicando y estableciendo su doctrina. Algún tiempo,

casi por veinte años permaneció en la ciudad santa, desempeñando un papel de pontífice, hasta que al cabo miró desvanecerse su felicidad como la vez primera. Sus jurados enemigos, los tulanos, vinieron con poderosos ejércitos contra él; al rumor de los aprestos, *Quetzalcóalt* abandonó *Cholollan*. Con cuatro de sus discípulos se fue a la costa del golfo, y llegado a la mar, en la boca de *Cuatzacalco*, bien se metía por las aguas que le abrían paso, ya tendió su capa que le sirvió de barca, ya, finalmente, construyó de serpientes una balsa...» (12).

Nos damos cuenta en seguida de que esta narración no concuerda con el texto de Sahagún, del que se pretende un extracto. En cuanto a Torquemada, Orozco y Berra se limita a transmitir sin juzgar y así se explica que nos haya transmitido lo siguiente:

«Los tulanos tomaron y talaron a Cholollan apoderándose del país circunvecino. Esto, no obstante, los de la ciudad santa deificaron a *Quetzalcóatl*, eligiéndole y adorándole como a su principal dios. Los de Tollan, a su ejemplo, rindieron honores divinos a su gran jefe, elevándole a los altares bajo los nombres de *Tezcatlipoca, Tlitacahuan* y *Tlacahuecan*» (13).

La versión de Sahagún nos parece más verosímil cuando nos dice que *Quetzalcóatl* salió de Tula porque quiso, y no de Cholula y forzado. Sus discípulos, después de haberle acompañado hasta *Cuatzacualco*, volvieron a tomar el gobierno de Cholula. Tampoco nos dice que fuera bajo el nombre de *Tezcatlipoca* como los tulanos le habían erigido un templo. Le erigieron uno, en efecto, pero a su advocación directa.

Como aportación personal, Orozco y Berra añade:

«Como civilizador *Quetzalcóatl* introduce en el país las artes útiles y de ornato, la agricultura, la mecánica, el tejido, el labrado de los metales y piedras preciosas constituyen sus más ricos presentes; la excelencia de los artefactos es tan palpable que para ponderar a los artífices se escoge la palabra tolteca» (14).

Termina diciendo que «enseñó nueva ley, con práctica de muchos puntos semejantes a los cristianos, dejando derramado el culto de la cruz» (15). Punto este último interesante, ciertamente, pero que no

(12) *Ibid.*, p. 155.
(13) *Ibid.*, p. 156.
(14) L. c.
(15) Clavigero, *o. c.*, t. II, p. 70, nota 7, alude a la obra de Sigüenza y Góngora, desaparecida hoy, y que tuvo como título, según Betancourt y Eguiara: *El Fénix de Occidente, Santo Tomás Apóstol, nombrado Quetzalcóatl, hallado entre las cenizas de antiguas tradiciones, conservado en piedras y en los cantares de los toltecas, de los teochichimecas y de los mexicanos.*

debe en modo alguno desviar nuestra atención, pues no tiene nada que ver con el objeto de nuestra investigación.

Orozco y Berra es, por otra parte, de los que creen que el Cristianismo había sido predicado ya en América hacia los siglos X y XI por misioneros escandinavos, y *Quetzalcóatl*, según nuestro autor, debe ser identificado con un misionero irlandés de esta época. El calendario tolteca sería tan sólo una imitación o un remedo del calendario juliano. Si el cristianismo no se conservó en su pureza primitiva fue porque los herederos de los toltecas lo deformaron para adaptarlo a sus costumbres primitivas y rudas. De ahí las deformaciones —los restos— de conventos de frailes y monjas que los españoles encontraron a su llegada.

La tesis de Orozco no merece nuestra atención. Otro tanto hay que decir de las etimologías cabalísticas de Sigüenza y Góngora tendientes a probar que *Quetzalcóatl* significa «Tomás», y otras singularidades por el estilo.

F) *Anales de Cuauhtitlan*

Es, sin duda, el mejor documento que podemos ofrecer sobre *Quetzalcóatl*, además de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* que proponemos en la parte mitológica. Recibe también el nombre de *Códice Chimalpopoca* o *Leyenda de los Soles*. Su contenido es astrológico y el valor de sus informaciones sobre la vida, la muerte y la segunda vida de *Quetzalcóatl* es muy valioso (16). He aquí un resumen de su contenido:

Su madre había quedado encinta después de haberse tragado un *chalchiuitl* (esmeralda bruta, símbolo del agua y de la fecundidad) y dio a luz a *Quetzalcóatl* en *Ce-Acatl*, es decir, *1-Caña (Ce-Acatl* significa la fecha: el principio mítico). Cuando tuvo nueve años quiso ver a su padre, y le fue señalado el lugar donde su padre había sido enterrado. Desenterró los huesos de su padre y los enterró de nuevo en la casa real llamada *Quillaztli*. A la edad de veintiocho años se fue de *Cuextlan* a *Tollantzinco*, donde se quedó durante cuarenta años y donde fabricó su tienda o casa de tablas verdes, que era su casa de ayuno. A esta ciudad vinieron a buscarle los toltecas para hacer de él su rey y su sacerdote. A propósito de su estancia en Tula, los *Anales* nos dicen:

> «En 2-Acatl edificó *Topiltzin Ce Acatl Quetzalcóatl* su casa de ayunos, lugar de su penitencia y oración; edificó cuatro aposentos,

(16) *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles* (traducción directa del nahuatl por el licenciado don Primo Feliciano Velázquez), México, 1945.

el uno de tablas verdes, otro de corales y de caracoles y el otro de plumas de *quetzalli*, donde oraba y hacía penitencia y pasaba sus ayunos... Se componía sus espinas en lo alto de *Xicocotl*, en *Huitzcoc*, en *Tzincoc*... Hacía de piedras preciosas sus espinas, y de *quetzalli* sus *acxoyatl* (ramos de laurel). Sahumaba las turquesas, las esmeraldas y los corales; y su ofrenda era de culebras, pájaros y mariposas, que sacrificaba.»

«Se cuenta que idolatrando oraba dentro del cielo y que invocaba a *Citlalyncue*, a *Citlallatonac*... Daba voces, según sabía en el *Omeyocan* (lugar de dos), que está sobre los nueve cielos... En su tienda, además, descubrió gran riqueza de esmeraldas, turquesas finas, oro, plata, corales, caracoles, descubrió igualmente el cacao de varios colores, y el algodón listado. Era muy gran artífice. Sus obras de loza en que comía y bebía eran pintadas de azul, verde, blanco, amarillo y colorado...»

«Cuando vivía no se mostraba públicamente. Estaba dentro de un aposento muy oscuro y custodiado; le custodiaban sus pajes en muchas partes, que cerraban. Su aposento era el último, y en cada uno estaban sus pajes, y en ellos había esteras de piedras preciosas, de plumas, de *quetzalli*, y de plata... Se refiere que cuando vivía *Quetzalcóatl*, reiteradamente quisieron engañarle los demonios para que hiciera sacrificios humanos matando hombres. Pero él nunca quiso ni condescendió porque amaba mucho a sus vasallos, que eran los toltecas, sino que su sacrificio era siempre sólo de culebras, aves y mariposas que mataba. Se cuenta que por eso enfadó a los demonios, que comenzaron a escarnecerle cuando le dijeron lo que querían para molestarle y hacerle huir, como en efecto sucedió» (17).

Continúan los *Anales* hablándonos de las asechanzas de los enemigos de *Quetzalcóatl* para expulsarle de Tula. Coincide fundamentalmente con Sahagún. También, según los *Anales*, se fue a *Tlillan-Tlapallan*, ese lugar misterioso que aparece en casi todos los autores sin que sepamos a ciencia cierta dónde se encuentra. Los *Anales* añaden a *Tlillan-Tlapallan* un atributo: «el quemadero». Debe tratarse de un lugar metafórico más que real. *Tlillan-Tlapallan* significa el lugar de lo rojo y de lo negro (18). En efecto, era el lugar escogido por *Quetzalcóatl* donde: «luego que se atrevió, él mismo se prendió fuego y se quemó: por eso se llama el quemadero allí adonde fue *Quetzalcóatl* a quemarse». Después de haberse quemado, sus cenizas se elevaron hacia el cielo. *Quetzalcóatl* descendió a los infiernos y reapareció al cuarto día en forma de estrella de la mañana.

---

(17) *Ibíd.*, p. 8.

(18) Posiblemente se trata de una alusión al lugar de procedencia de esos dos colores, empleados en la escritura maya.

G) *Motolinía* (fray Toribio Benavente)

Provincial de los franciscanos, uno de los doce que llegaron a México en 1524, fray Toribio Benavente, nos ha dejado buenos documentos sobre la persona histórica de *Quetzalcóatl* (19). En cuanto a sus orígenes, nos dice en el prefacio de sus *Memoriales:*

> «El mismo viejo *Itzamixcóatl* ovo otra mujer llamada *Chimalmatl*, de la cual ovo un hijo que se llamó *Quetzalcóatl*. Este salió hombre honesto y templado. Comenzó a hacer penitencia de ayuno e disciplinas e predicar, según se dice, la ley natural... dicen que comenzó el sacrificio y a sacar sangre de las orejas y de la lengua, no por servir al demonio, según se cree, mas por penitencia contra el vicio de la lengua y del oír; después el demonio aplicólo a su culto y servicio» (20).

Jacques Lafaye, comentando el texto de Motolinía, dice que esta ascesis inspirada en la moral natural, podía preparar el terreno a la leyenda de *Quetzalcóatl-Santo Tomás* en el siglo XVIII (21). Cuando habla de la relación entre *Quetzalcóatl* y el calendario, habla también de Venus y dice:

> «La causa y razón porque contaban los días por esta estrella y le hacían reverencia y sacrificio, era porque estos naturales, engañados, pensaban que uno de los principales de sus dioses, llamado *Topiltzin*, por otro nombre *Quetzalcóatl*, cuando murió y de este mundo partió, se tornó en aquella resplandeciente estrella» (22).

Nota final a los testimonios históricos

Fácil es percatarse de que los textos que acabamos de aducir no nos permiten establecer sino un tenue hilo histórico alrededor de la persona de *Quetzalcóatl*. Inmensas lagunas, flagrantes contradicciones nos impiden, por ejemplo, afirmar con toda seguridad que haya venido de Yucatán hacia Tula y Cholula o a la inversa. Recordemos asimismo que *«Quetzalcóatl»* era un apelativo de significación análoga al *«Caesar»* de los romanos. Todos los reyes-sacerdotes de Tula recibían ese nombre.

---

(19) Motolinía (Fray Toribio Benavente): *Memoriales*, publicado por García Icazbalceta (hijo) en 1903. *Historia de los Indios de la Nueva España*, edición Kingsborough, Londres, 1848; edición Icazbalceta, México, 1858; obra estudiada y ordenada por Ricard R.: *Remarque bibliographique sur les ouvrages de Fray Toribio Motolinía*, Journal de la Société des Américanistes. 11ème. série, t. XXV, 1933, pp. 139-151.

(20) *Memoriales*, p. 13.

(21) Lafaye, Jacques: *Quetzalcóatl et Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique*, París, 1974, p. 189.

(22) Motolinía: *Memoriales*, p. 57.

En el siglo XVI los aztecas dominaban en el Altiplano y el eclecticismo que practicaban respecto a los pueblos sometidos tenía como consecuencia que, junto a los botines de las guerras y a los tributos, llegaban a Tenochtitlan un número respetable de dioses extranjeros. Lejos de combatirlos, los sacerdotes, deseosos de reducirlos a un todo orgánico, se esforzaron por brindar explicaciones de parentesco entre los dioses, unificando a unos, multiplicando otros. Este fenómeno integrador, cuyas motivaciones políticas no son difíciles de imaginar, dificulta seriamente la labor del investigador.

¿Quién fue, pues, Quetzalcóatl?

Hubo ciertamente un hombre que se llamó *Quetzalcóatl* y cuya existencia está indudablemente ligada a la ciudad de Tula. ¿Pero en qué época? Los testimonios que acabamos de aducir nos hablan unánimemente del *Quetzalcóatl* del siglo X. Los *Anales* son particularmente precisos, pues nos dan la fecha exacta de su nacimiento y de su muerte. Pero sabemos que el culto a *Quetzalcóatl* o, mejor dicho, a la serpiente emplumada en el Altiplano de México es anterior al siglo X. Existió siempre, se podría decir. Y en este caso nos parece lógico pensar en la existencia de otro *Quetzalcóatl* que existió también realmente y que debe encontrarse a la base de todo el «asunto *Quetzalcóatl*». La naturaleza y la historia de este primer personaje no nos interesan; si nos hubiesen interesado nos hubiesen sido transmitidas. No obstante estamos persuadidos de que ya en tiempos de los últimos cazadores nómadas que precedieron a la aparición de la agricultura debió existir un germen de este mito, al menos en su contenido astral. Y el dualismo de que es portador hay que buscarlo en esos dos modos de vida que han resumido la historia de la humanidad hasta nuestros días: la caza y la agricultura. Suponemos que este germen fue desarrollándose al contacto con la agricultura naciente, transformándose a medida que aceptaba nuevos elementos y definiéndose a medida que rechazaba otros. Largo proceso de formación que debió extenderse por un período no menor de tres mil años antes de Cristo. Evidentemente, cada pueblo debió darle un nombre distinto, incluso introducir en él variantes culturales propias, y así tenemos, por ejemplo, el último *Quetzalcóatl* maya, de nombre *Kukulklan.*

Los toltecas del siglo X eran conscientes de que con *Quetzalcóatl* el mito eterno del Altiplano tomaba una forma física y palpable. Tenían conciencia de asistir a una encarnación en los hechos de lo que había sido y transmitido hasta entonces.

La aparición del reformador *Quetzalcóatl*, la reacción de los antirreformistas y la invasión de la península maya se prestaban a hermosos paralelismos con la dimensión astronómica del *Quetzalcóatl* de la tradición.

El verdadero prototipo de *Quetzalcóatl* sobre el que toma forma toda la tradición es el sacerdote del siglo X, quien, a su vez, se convierte en un nuevo tipo de una nueva tradición. Y ese es un punto original del mito que nos ocupa, a saber: que el prototipo no se sitúa cronológicamente en el principio cósmico, sino en el centro de la historia, dando su verdadero sentido a todo lo que ha precedido y a todo lo que vendrá después. Sin embargo, nada se opone a que en una dimensión intemporal intentemos ver cómo el mito aporta esa visión metahistórica de que hemos hablado. Y a partir de esa perspectiva metahistórica podremos ciertamente seguir afirmando que el mito (prototipo) se sitúa en el principio cósmico.

Es evidente que el antagonismo clásico entre *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl* alcanza su más alta expresión trágica con ocasión de estas guerras intestinas. Pero hay que añadir inmediatamente que estas querellas no son nuevas; son, al contrario, muy antiguas. Nos atreveríamos incluso a decir, sin miedo a equivocarnos, que estas disputas entre vecinos constituyeron durante siglos el *leit motiv* de la historia de esa región. La reforma y la contrarreforma, con sus consecuencias políticas, constituyen la médula de la historia desde tiempos inmemoriales de dos culturas hermanas que viven la una junto a la otra, a saber: la de inspiración astral y la de inspiración agrícola, y ello cualesquiera que hayan sido los detentores de la hegemonía cultural y política. Tales situaciones, vividas por generaciones y generaciones como tragedias periódicas, terminan por engendrar un mito que toma forma a medida que los acontecimientos se repiten como un ciclo cósmico. Si echamos una mirada a la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (23) nos convenceremos de que este antagonismo entre *Quetzalcóatl* y *Tezcatlipoca*, las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, respectivamente, es proyectado incluso sobre los mitos cosmogónicos, como si el nacimiento de nuestro mundo hubiese sido el resultado de la oposición de contrarios actuales, pero que son vividos como eternos.

Si hubiéramos de resumir lo que sabemos de *Quetzalcóatl* en cuanto hombre histórico, diríamos que fue un rey-sacerdote de Tula, hacia el siglo X, gran reformador, tanto en el orden religioso como

(23) *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Edición de Angel María Garibay K. en *Teogonía e historia de los mexicanos*, México, 1965, pp. 37-38.

en el político-social. Portador de una religión no violenta, amante de las ciencias y de las artes, promotor de la perfección interior del hombre, a la edad de cincuenta y tres años fue víctima de sus enemigos y hubo de abandonar su reinado prometiendo una nueva venida.

Sabemos que al final de sus días se inmoló por el fuego en la región de *Tlapallan,* lugar de lo rojo y de lo negro, como hemos dicho.

Y aquí hemos de poner punto final a la investigación histórica. Que haya sido rey, que haya tenido enemigos y que éstos le hayan destronado, que se haya suicidado o que haya desaparecido... nada hay en ello de sorprendente, nada de inverosímil; la historia puede aceptarlo en la medida en que hay testimonios. Pero que sus cenizas se haya elevado al cielo y que se haya transformado en estrella de la mañana después de haber descendido a los infiernos... eso la historia no puede admitirlo, no debe admitirlo, en la medida en que no hay testimonios, lo cual no significa que la historia deba negarlo, sino reconocer simplemente que tales hechos no son de su competencia.

PERSONALIDAD MITICA

Los orígenes

¿Tiene *Quetzalcóatl* un origen? En caso afirmativo, ¿es hijo de un hombre o es hijo de un dios? Lógicamente, al menos según nuestra lógica occidental, un dios no debe (no puede) proceder de ningún otro antecedente, pues ello disminuiría su autonomía en cuanto a la existencia, haciéndole depender de otro principio extrínseco.

Si bien es cierto que sobre el principio de *Quetzalcóatl* los documentos nos proporcionan una información tan abundante como contradictoria, no hemos encontrado ninguno que le atribuya a *Quetzalcóalt* su propio origen. El que le atribuye el principio más noble le hace hijo de dioses. Es el caso del *Códice Zumárraga* o *Historia de los mexicanos por sus pinturas:*

> «En la historia de este pueblo salvaje se cuenta que había un dios llamado *Camaxtli,* que tomó por mujer una diosa, llamada *Chimalma,* la que de él tuvo hijos, entre los cuales hubo uno de nombre *Quetzalcóatl*» (24).

Los *Anales de Cuauhtitlan* también se esfuerzan por atribuir a *Quetzalcóatl* orígenes nobles (25). Es hijo de *Chimaman* (se identifica

(24) *Historia de los mexicanos por sus pinturas,* edición citada, p. 112.

(25) *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles,* edición citada, p. 7.

con *Chimalma*, de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas)*, la cual concibe sin intervención de hombre, después de tragarse un *chalchiuitl* (esmeralda).

Observemos, sin embargo, que la estructura del mito es la misma que la del mito sobre el nacimiento de *Huitzilopochtli*. En todo caso es curioso tener en cuenta que la tradición ha tolerado esa transposición de estructura (26).

Tanto en los *Anales* como en la *Histoyre du Méchique* (27) aparece *Quetzalcóatl* como el símbolo del bien, de la luz, mientras que *Tezcatlipoca* lo es de las fuerzas del mal, de las tinieblas. Pero guardémonos de simplificar demasiado las cosas. Pues si es cierto que la persona de *Quetzalcóatl* es misteriosa y ambivalente, no es menos misteriosa y fluida la de *Tezcatliploca*. Y si no podemos negar que, según los textos de los que hablamos, todo hace pensar en un dualismo, clásico en la historia de las religiones y en filosofía, nos sorprende sobremanera el bien realizado por *Tezcatliploca*. La dualidad existe, es cierto, y se explica históricamente por la dualidad misma existente en la sociedad tolteco-azteca: la agrícola y la astral. Pero este concepto de dualismo corresponde sólo en parte al nuestro. Personalmente pensamos que el dualismo, en su coincidencia con nuestro concepto de tal, ha debido existir en la base de toda esta mitología. Si dicho dualismo no ha llegado a nosotros *neto*, polarizados en dos principios de signo radicalmente opuestos, se debe principalmente a la insuficiencia de nuestras fuentes y a una síntesis inacabada. Podemos presumir que sólo poseemos algunos fragmentos incompletos de viejas tradiciones que precedieron a la época histórica. Fragmentos, transcripciones de nombres de dioses, atribuciones a un dios de lo que es característico de otro; trátase de avatares muy explicables si no olvidamos el sincretismo que ha caracterizado siempre a la religión mexicana.

Por razones que aún quedan por elucidar, ningún detentor del poder y hegemonía político-cultural logró en Mesoamérica llegar a una síntesis total de los elementos culturales que componían el mosaico mesoamericano. Inexplicablemente asistimos a la destrucción de *Teotihuacán* y a la de *Tula*, al abandono de los centros mayas... y una crisis de signo parecido estaba germinando en México a la llegada de los españoles, la muerte de *Tlacaélel* había abierto una brecha pro-

---

(26) Cf. Charency, Le Comte de: *Les naissances miraculeuses d'après la tradition américaine*, Amiens, 1892.

(27) *Histoyre du Méchique*, manuscrito del siglo XVI publicado en París en 1905 por Edouard de Jonghe. Nueva edición en español por Angel María Garibay K.: *Teogonía e historia de los mexicanos*, México, 1965, pp. 114-115.

funda en la filosofía nahua y una crisis de valores se había apoderado ya del mismo emperador *Moctecuhzoma*, sin que los aztecas pudieran tampoco llegar a una integración cultural. De todas formas la conquista debía poner un punto final a un proceso que apenas acababa de comenzar.

Mendieta (28) le hace hijo de *Iztamixcohuatl* (serpiente de plumas blancas, dios de la Vía Láctea), que tuvo seis hijos de su primera mujer y el séptimo, *Quetzalcóatl*, de una segunda mujer. Como los mismos hechos nos son transmitidos en dos planos diferentes, el mítico y el histórico, no sabemos exactamente si *Iztamixcohuatl* era un hombre o un dios. A veces aparece como dios; con frecuencia aparece también como un viejo que habitaba en *Chicomoztoc*.

El Códice *Nuttall* (29) le presenta como hijo de *Mixtantecuhtli*, aunque a veces parece querer decir que es hijo de *Xolotl*; es curioso observar que *Quetzalcóatl* aparece también como el doble de *Xolotl*.

No hemos de extrañarnos si, con otras categorías mentales distintas de las nuestras, no se experimenta la necesidad metafísica de atribuir a un dios el principio de sí mismo, pues ello supondría una alta —y a veces artificial— elaboración filosófica que poco tiene que ver con una cosmovisión religiosa. Dicha elaboración filosófica supone toda la problemática metafísica del ser y del no ser, del cambio y del origen del ser. Es un rigor científico que tiende, por su naturaleza, a comprender lo que es por naturaleza ininteligible.

Vida y muerte de Quetzalcóatl

La *Histoyre du Méchique* (30) nos cuenta que la madre de *Quetzalcóatl* murió al darle a luz. (A pesar de ser una diosa muere, lo que nos confirma lo que acabamos de decir sobre la diferente óptica filosófica.)

El huérfano fue confiado a sus abuelos. Cuando tuvo unos nueve años fue devuelto a su padre, el que le tuvo en gran afección. Esta afección provocó la envidia de sus hermanos, quienes decidieron deshacerse de él dándole muerte. Para realizar su propósito lo llevaron sobre una roca que se llama *Tlachimoltepec* (piedra sobre la que se quema; sin duda un altar para sacrificios crematorios). Después de dar fuego a la roca se fueron seguros de la muerte de *Quetzalcóatl*.

---

(28) Mendieta, Fray Gerónimo de: *Historia eclesiástica indiana* (sacada de cartas y otros borradores del autor), México, 1945, t. II, p. 158.

(29) Códice *Nuttail*, mixteca, precortesiano (1468), de la colección de lord Zouche of Harryworth. Su contenido es histórico genealógico. Editado en 1902 en Cambridge, Massachusets, Estados Unidos.

(30) *Histoyre du Méchique*, edición citada, p. 112.

Mas éste se salvó de la muerte escondiéndose en un hueco que encontró en la roca. En cuanto pudo bajar, con su arco mató una pieza, que se apresuró a llevar a su padre. Tan veloz fue su carrera que logró llegar antes que sus hermanos, los cuales se maravillaron al verle.

Sus hermanos tuvieron nuevamente consejo contra él, y después de haberle hecho trepar a un árbol, intentaron abatirle tirándole flechas. *Quetzalcóatl* se hizo el muerto y cayó del árbol. Cuando pudo levantarse mató un conejo y lo llevó a su padre; y también esta vez llegó antes que sus hermanos. Le preguntó su padre que dónde estaban sus hermanos y *Quetzalcóatl* le respondió que no tardarían en llegar. El padre comprendió entonces las maquinaciones de sus otros hijos y *Quetzalcóatl* se escondió en otra casa.

Cuando los hermanos llegaron a la casa del padre, éste les preguntó dónde estaba *Quetzalcóatl*, y ellos le respondieron que no tardaría en llegar. El padre les preguntó entonces directamente por qué buscaban la muerte de su hermano, y ellos, al verse descubiertos, decidieron también dar muerte al padre, lo que llevaron a cabo sobre una montaña.

Se fueron entonces a buscar a *Quetzalcóatl* para decirle que su padre se había transformado en roca, y que él debería ofrecerle algo a aquella roca: leones, tigres, águilas, mariposas, pero como no quisiera obedecer, sus hermanos decidieron nuevamente matarle; mas esta vez *Quetzalcóatl* se sube a un árbol, o tal vez a la misma roca de su padre, y a flechazos mató a todos sus hermanos.

Entonces fue cuando sus vasallos, que le amaban mucho, vinieron a buscarle. De los cráneos de sus hermanos hicieron vasos para beber. Tomaron el camino de *México*, de *Tulancingo*, después llegaron a *Tula*. A partir de ahí nos son transmitidas las maquinaciones de *Tezcatlipoca* para expulsarle de Tula. Termina diciendo que murió en el interior de un árbol, o, según otra versión, «se fue a un lugar...», pero aquí termina el manuscrito, sin que nos sea posible saber de qué lugar se trata. Creemos que debe identificarse este lugar con el famoso *Tlillan Tlapallan* o el quemadero.

Sea cual fuere el fin de la vida de *Quetzalcóatl*, el texto que acabamos de leer es una joya de la literatura mítica nahua. Lo que es importante aquí, desde un punto de vista antropológico, es el estereotipo ético imprimido en la narración. Y desde el punto de vista mítico, la proyección, el enraizamiento en el pasado (así lo hicieron nuestros antepasados) de lo que ha sido recibido, y que se encuentra ahora presente en tal pueblo: de su escala de valores, queremos decir.

Quetzalcóatl aparece, pues, aquí como el símbolo que salva la tradición.

El mito es portador de una verdad. El mito es la cristalización, la encarnación en la palabra de las verdades eternas del grupo, que éste debe perpetuar si quiere perpetuarse a sí mismo. El mito es el eterno testimonio de los hombres de hoy a los hombres de mañana sobre lo que sucedió «al principio», dando a entender cómo lo que sucedió «al principio» explica lo que sucede ahora y explicará lo que sucederá mañana y lo que sucederá al final de los tiempos.

En lo que se refiere a la segunda vida de *Quetzalcóatl,* volveremos sobre ella, pues su importancia merece ser tratada aparte, dado que ella constituye lo principal del mensaje de *Quetzalcóatl.*

Génesis del mito

Los textos de que disponemos son, como decíamos, incompletos y a veces contradictorios dada la diversidad de las fuentes. Es, pues, peligroso aventurarse en hipótesis demasiado atrevidas, porque es éste un terreno extremadamente movedizo. No obstante, al interrogarnos sobre la génesis o formación del mito de *Quetzalcóatl* contamos con datos suficientes para reconstituirlo de una manera que no es únicamente hipotética (véase esquema adjunto).

CUADRO DIACRONICO DEL MITO DE QUETZALCOATL

PUEBLOS AGRICOLAS PRIMITIVOS	NOMADAS DEL NORTE	
	Toltecas	Chichimecas: Aztecas
Existencia del mito. Significado agrícola. Existe el dualismo con significado eminentemente agrícola. No desconocían los astros, porque en tiempos paleolíticos debió haber también pueblos cazadores nómadas, con una religión de dominante astral. Pero la significación del mito era fundamentalmente agrícola.	El dualismo se polariza claramente en astros y agricultura, con dominante agrícola. Aparición de *Quetzalcóatl,* personaje encarnado, y del nombre «Quetzalcóatl», de origen nahua.	Permanece el dualismo pero con dominante astral. Aparición de *Huitzilopochtli* y crisis ideológica en tiempos de Moctecuhzoma II. Mitificación de la Historia inconscientemente y también conscientemente por parte de los aztecas. Proyección retrospectiva hasta los orígenes cósmicos. El *Quetzalcóatl* del siglo X, centro de la Historia, del antes y del después.

Sabemos que el culto a *Quetzalcóatl* se desarrolló sobre todo en el Altiplano. Y también conocemos su relación de dependencia respecto a los astros (Venus). Ahora bien, las grandes culturas del Altiplano fueron siempre agrícolas, lo cual nos permite afirmar con alto índice de probabilidad que el mito de *Quetzalcóatl* tomó forma definitiva en un cuadro agrícola primitivo, desde el cual se fue transmitiendo a todos los pueblos que sucedieron en la comarca. Que en determinado momento histórico (siglo X) haya habido un rey, sacerdote de *Quetzalcóatl,* gran reformador y renovador de este culto, no contradice en nada cuanto estamos diciendo; ello confirma más bien la existencia del mito y del culto antes incluso de la aparición de este sacerdote.

Creemos, pues, que el mito primigenio tuvo una significación eminentemente agrícola, y esa era aún su significación fundamental en la época histórica, a pesar de la gran connotación astral que le aportaron los nómadas del Norte, connotación astral que no contradice los intereses del agricultor. Este siente en lo más profundo de su ser que su existencia y que su subsistencia dependen de los ciclos solares. Ciclos cósmicos que él no percibe como tales, sino como voluntades autónomas que podrían actuar de otra manera, pero que de hecho actúan así y no de otra manera. Sería catastrófico que el sol, irritado, se detuviese un día en su carrera. Esta posibilidad no es tan sólo una quimera para el antiguo mexicano. Sabe que «al principio», cuando el sol fue creado, se detuvo poco después, y que el mundo hubiera sido nuevamente destruido de no haber sido por la generosidad de los dioses *(Quetzalcóatl* entre ellos) que se sacrificaron para dar vida al sol.

a) *El calendario*

No hemos de olvidar tampoco que *Quetzalcóatl* es considerado como el fundador del calendario, como antes dijimos, y que el calendario comporta una visión cosmológica y sagrada del universo.

Todos los pueblos han experimentado la necesidad de medir el tiempo, y siempre lo hicieron jalonándolo con acontecimientos constantes: las fases de la luna, los ciclos del sol, que desaparece y vuelve cada día, la estación de las lluvias, la estación de los frutos, etc.

En el caso de los aztecas, esta medida era perfecta, geométrica. De este calendario es necesario tener una idea, aunque sea somera. No vamos aquí a extendernos sobre el tema, pues ello nos apartaría considerablemente de nuestro objetivo. Tampoco sería necesario, pues

es fácil hacerse una idea precisa refiriéndose a los trabajos sobre el tema de Alfonso Caso, Gerge Vaillant y Jacques Soustelle (31). Bastará enunciar aquí algunas consideraciones sobre las principales características de esta *Weltanschauung.*

Según la *Histoyre du Méchique* (32) «al principio», en el *treceno* cielo existían *Ometecuhtli,* el Señor de la Dualidad, y *Omeciuatl,* la Dama de la Dualidad. El *treceno* cielo se llamaba *Omeyocan,* lugar de nacimiento (lugar de dos). No es esta pareja inicial quien ha creado el mundo ni a los hombres. Como si el hecho de ponerse en contacto con el mundo de aquí abajo no fuese digno de ellos. Para hacer la creación crearon otros dioses, una especie de demiurgos. Estos, al cabo de seiscientos años de inactividad, crean sucesivamente el fuego, el calendario, las aguas, los hombres. El calendario es, pues, obra de los dioses, y por lo mismo, sagrado. Estamos ante un intento de racionalización tardío debido a los aztecas, como lo prueba el papel preponderante atribuido a *Hitzilopochtli,* que es un dios exclusivamente azteca, y por ende llegado tardíamente a México. Fueran cuales fueren las diferentes tradiciones míticas ulteriormente racionalizadas, el calendario tuvo su origen «ab initio». Hasta tal punto es esto cierto, que *Ometecuhtli* es el protector del primer signo del calendario *(cipatli),* y *Omeciuatl* lo es del último *(xochiquetzal).* Todo el devenir se encuentra así entre esas comillas de lo divino.

Una de las características particulares —y tal vez originales— del calendario azteca es que no únicamente servía para medir el tiempo, sino también el espacio. Lo primero que sorprende es la interdependencia entre el espacio y el tiempo. Habiendo observado año tras año que el mismo acontecimiento se produce en el mismo espacio y en el mismo momento, las cualidades de este acontecimiento son transpuestas al espacio y al tiempo en que el hecho acontece, en relación de efecto a causa. Por eso, el Este es fértil, abundante; el Norte es seco, árido, etc. Cada año, cada estación, cada semana, cada día, así como los cinco puntos cardinales (pues el centro debe ser considerado como el punto cardinal por excelencia) tienen su signo. Y todo lo que acontece bajo este signo se encuentra fatalmente marcado por la cualidad de éste. No hay, pues, un espacio sin un tiempo ni un tiempo sin un espacio. La cualidad del acontecimiento es determinada

---

(31) Soustelle, Jacques: *La pensée cosmologique des anciens mexicaines,* París, 1940, páginas 78 y ss. Vaillant, George: *Les aztèques du Mexique,* París, 1951, pp. 191-199. Caso, Alfonso: *El calendario mexicano,* México, 1958 (separata de *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* núm. 1, t. 17); *Los calendarios prehispánicos,* México, 1967; *La correlación de los años aztecas y cristianos,* México, 1939.

(32) *Histoyre du Méchique,* edición citada, pp. 102-103.

por la combinación del signo temporal y del signo espacial. Estas dos ruedas que, interfiriéndose dan al acontecimiento un signo benéfico o maléfico, constituyen ya, en todos los pueblos, lo que Rudolff Otto llama lo *ganz anderes* (33). Lo *ganz anderes* es lo que es «totalmente otro», que viene de otra parte, que se sitúa por encima de nuestra capacidad cognoscitiva y racionalizante, que dispone de su propia fuerza, que nos impone sus ritmos y nos hace dependientes de su voluntad: lo sagrado. *Quetzalcóatl,* al ser presentado como fundador del calendario, aparece como el pilar supremo de toda la cosmogonía nahua.

b) *Los astros*

Ahora bien, esta fuerza totalmente otra que los antiguos mexicanos descubrían en las manifestaciones espacio-temporales se polarizó sobre lo que se movía. Al igual que en la Antigüedad Clásica la curiosidad de los griegos presocráticos se vio atraída, por ejemplo, por el curso de un río, el miedo y la curiosidad de los mexicanos se fijó en los astros.

Ya hemos señalado hasta qué punto la agricultura dependía de los astros. Por eso pensamos que se trata de una proyección tardía hacia los astros de las fuerzas del bien y del mal, del nacimiento y de la muerte, de la muerte y de la nueva vida. Los ciclos de la luna no pasaron inadvertidos a los antiguos mexicanos, ni su paralelismo con los ciclos de la mujer. Es la representación del aspecto femenino de la naturaleza, y ella es quien ha reemplazado a *Omeciuatl.* Todas las diosas de la Tierra llevan un atributo de la Luna, el *yacametztli,* que es una especie de cuarto de luna como adorno en la nariz. La Luna tiene también una relación estrecha con los dioses de la ebriedad, o la abundancia.

El Sol, por su parte, ha reemplazado a *Ometecuhtli.* El Sol es, con Venus, el signo de *Quetzalcóatl* resucitado. Pero todo hace pensar que también el Sol estaba a punto de ser reemplazado por Venus a la llegada de los españoles. La sustitución, fenómeno frecuente en la historia de las religiones, no es, en modo alguno, una eliminación. Se trata de una especie de desacralización, una manera de llegar a lo divino por signos o por seres más accesibles, más cercanos a la mentalidad de la época. Parece como si la escala de los dioses mexicanos hubiera debido evolucionar de esta manera:

(33) Otto, R.: *Le sacré,* París, sin fecha, p. 44 (traducción francesa de la 18.ª edición alemana; la primera edición alemana apareció en 1929).

Ometecuhtli — Omeciuatl

Sol-Venus — Luna

Venus

Quetzalcóatl

El dios sustituido sigue, pues, en vida y continúa desempeñando un papel importante en la vida de los mexicanos. Incluso la pareja primitiva, de la que apenas se habla, sigue presente. Se sabe que está en el *treceno* cielo, que no se ocupa de los asuntos de aquí abajo, que su actitud es eminentemente pasiva. Es, por así decir, la idea primera de Dios, la cual está representada en el Cristianismo por el Padre, quien ha sido sustituido por su Hijo, quien ocupará el primer plano en lo porvenir, por ser él el intermediario.

Es muy posible que la evolución de este culto, de no haberse producido el choque del siglo XVI, se hubiera desarrollado en el sentido de una encarnación cada vez más concreta y palpable, y que el papel de los astros hubiera pasado a segundo plano, siendo *Quetzalcóatl* en su aspecto agrícola quien ocupara poco a poco el primero y único plano.

En efecto, la impronta guerrera que había caracterizado siempre a los aztecas estaba perdiendo terreno a la llegada de los españoles. Hasta *Moctecuhzoma Xocoyotzin* el pensador del estamento político-militar azteca había sido Tlacaélel, quien había propuesto siempre como ideal al pueblo azteca la eficiencia guerrera. Mas muerto este mentor, un nuevo espíritu se abre camino en los pensadores nahuas: *Nezahualcoyotl, Nezahualpilli, Tecayehuatzin...*, se orientan más bien hacia el antiguo humanismo tolteca.

Difícil es reducir a la unidad los diferentes mitos y tradiciones de que tan abundantemente nos habla Sahagún, y reconocemos que si *Quetzalcóatl* se encuentra en el centro del panteón mexicano, no es porque él sea la síntesis de la religión mexicana, pues quedan muchos mitos y tradiciones que sería difícil reducir a *Quetzalcóatl*. Lo que queremos poner de relieve es que *Quetzalcóatl* es el dios indiscutido, aceptado por todos y explicado por casi todos de la misma manera; queremos decir el más universal. Por eso nos centramos en él, dejando de lado, por ejemplo, el papel de la luna, que muy difícilmente

podría resolverse en *Quetzalcóatl.* A *Quetzalcóatl* es a quien los antiguos mexicanos han atribuido los mejores atributos, dándole, pues, una personalidad mítica tan real, si no más, que la histórica.

Contenido del mito

Es evidente que el contenido de este mito es más antiguo que el nombre bajo el que nos ha llegado. Trátase de una palabra nahua (tolteca) de doble significado:

Quetzal es el nombre nahua del *Pharomacrus antisianus,* pájaro que habita en las selvas y montañas de México y Guatemala. Sus largas plumas verdes y amarillentas hacen de él uno de los pájaros más exóticos y requeridos. *Coatl* significa serpiente en general, y en el nombre *Quetzalcóatl* vemos que se asocian dos antagonismos radicales entre las especies vivas. Ahora bien, esta serpiente emplumada, o pájaro con rasgos de serpiente, es en la simbología mexicana el símbolo por excelencia de *Quetzalcóatl.* Los códices y los monumentos lo repiten sin cesar, y de la interpretación que demos a este símbolo va a depender el contenido mitológico de *Quetzalcóatl* y de la *Weltanschauung* mexicana.

El *quetzal:* En la primera página del códice *Féjervary-Meyer* vemos representadas las cuatro direcciones del universo. Aparece el firmamento sostenido por cuatro árboles, en cada una de cuyas cimas se encuentra un pájaro. Conocemos la cualidad de «sagrado» que en casi todas las religiones se atribuye al árbol. El árbol es, por así decir, el eje que une los tres niveles clásicos del mundo, y en la parte más elevada del mundo, y en la parte más elevada del eje vemos un pájaro. Nada extraño, pues sabemos, por simple observación, que los dominios de los pájaros se extienden por «allá arriba». El *coatl:* Es permanente su asociación con las divinidades femeninas de la Tierra y del agua. Ello nos indica que el símbolo fundamental de «aquí abajo» es la serpiente. Y también la observación nos da a entender que es tan natural como el símbolo de «allá arriba».

La diosa de la Tierra es *Tlazoltéotl,* y la del agua, *Chalchiutlicue.* Los atributos propios de estas diosas los constituyen cráneos y esqueletos, lo que nos prueba que la tierra, o el mundo material de aquí abajo comporta en él mismo la noción de muerte y de destrucción. Esta materia muerta nos sorprende, sin embargo, por su dinamismo, pues las representaciones de la serpiente nos dan casi siempre la impresión de un movimiento dinámico.

a) *¿Pájaro con garras de serpiente o serpiente emplumada?*

La representación más frecuente de *Quetzalcóatl* es en forma de serpiente. Pero no faltan casos en que la representación es inversa. En *Teotihuacan* encontramos dos estilizaciones en donde aparece como un águila con lengua bífida, y como un *quetzal* entrelazado con una serpiente. Todo hace pensar que el ideal nahua, en su más simple expresión, consiste en realizar la síntesis del «allí arriba» con el «aquí abajo». Y esta síntesis debe ser hecha por una atracción mutua de estas fuerzas opuestas en sus apariencias. Y estamos de acuerdo con Laurette Séjourné cuando nos habla de

> «Entidad representante de la hibridación repentina de especies aparentemente irreconciliables; unión inesperada de pesada materia adherida al suelo y la sustancia alada. La síntesis de la obra de esfuerzos combinados es de dos artesanos y no de uno solo» (34).

La serpiente es frecuentemente representada en actitud generadora hacia lo alto, y a veces en una estilización casi vertical. ¿Existe una relación entre la serpiente y el árbol? Veamos lo que el *Anónimo de Huetxotxinco* nos ha dejado en este poema recogido por Garibay:

Arbol florido se yergue en Tamoanchan;
allí fuimos creados, allí nos dio el ser,
allí enlazó el hilo de nuestra vida
aquél por quien todas las cosas viven.
Del mismo modo yo forjo el oro,
del mismo modo yo pulo el jade,
en mi hermoso canto.
Es cual si fuera una turquesa.
Como cuatro veces nos hizo girar
allá en Tamoanchan
aquél por quien todas las cosas viven (35).

b) *El «allí arriba» y el «aquí abajo»: atracción mutua*

Recordemos al sol que se detuvo en sus principios, y recordemos que fue el sacrificio de los dioses el único capaz de devolverle el movimiento. Si consideramos este sacrificio, este acto supremo de voluntad y de generosidad como el movimiento por excelencia que engendra otro movimiento, habremos comprendido el contenido central del mito de *Quetzalcóatl*.

Sabemos que la era de *Quetzalcóatl* es la era del movimiento. Un movimiento que conduce a la unión de lo que era irreconciliable. Pero

(34) Séjourné, Laurette: *El Universo de Quetzalcóatl*, México, 1962, p. 35.
(35) Garibay, Angel María: *La Literatura de los aztecas*, México, 1964, p. 55.

si el mundo de aquí abajo es irreconciliable con el mundo de allí arriba, el mundo subterráneo, es decir, el mundo de allí abajo, lo es todavía más. La unión y la síntesis de esos tres mundos tan heterogéneos es admirablemente representada por el tresbolillo con sus cuatro puntos laterales y con su centro, pues la idea de centro y de eje está vinculada al número 5 (36). Y el tresbolillo constituye uno de los motivos decorativos más frecuentes en el arte del México antiguo.

En efecto, cuando sabemos por los *Anales de Cuauhtitlan* y por la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* que, según una tradición sobre la creación, cuatro mundos habían precedido al nuestro (37), la relación con el tresbolillo aparece con toda evidencia. Más aún, si recordamos que la destrucción de los mundos precedentes fue debida a que los dioses no habían encontrado todavía el «centro» sobre el que el mundo encontraría su estabilidad, su equilibrio. Este centro no fue encontrado sino al quinto intento. Y este quinto mundo del centro es el nuestro. Tiene por nombre «4-Ollin», es decir, 4-Movimiento, pues 4-Ollin es la fecha en que, en Teotihuacan, el sacrificio de los dioses puso de nuevo al sol en marcha, cuatro días después de su creación.

Dado el recuerdo de esa detención del sol y la eventualidad de que un día pudiera detenerse de nuevo, los antiguos nahuas serán muy prudentes en cuanto a la estimación del mundo actual, el cual, aunque construido sobre el centro, podría también desaparecer un día. El movimiento del sol necesita ser alimentado, ya veremos cómo.

Escuchemos a Mircea Eliade sobre la idea de «centro»:

> «El centro es, pues, la zona de lo sagrado por excelencia, la de la realidad absoluta. De forma semejante, todos los demás símbolos de la realidad absoluta (Arbol de la Vida y de la Inmortalidad, Fuente de Juventud, etc.) se encuentran también en el Centro... El camino (que lleva al Centro), es arduo, sembrado de peligros, porque es de hecho un rito de tránsito de lo profano a lo sagrado, de lo efímero y de lo ilusorio a la realidad y a la eternidad, de la muerte a la vida, del hombre a la divinidad. El acceso al centro equivale a una consagración, a una iniciación.
>
> ... Si el acto de la creación realiza el paso de lo no manifestado a lo manifestado o, para hablar en términos cosmológicos, del Caos al Cosmos; si la creación, en toda la extensión de su objeto, se efectúa a partir de un centro, si, por consiguiente, todas las variedades del ser, de lo inanimado a lo viviente no pueden

---

(36) Soustelle, Jacques: *Le symbolisme du numéro 5*, Congrès International des Américanistes, 1946.

(37) Cf. también el *Popol Vuh*, edición de Recinos: *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, México-Buenos Aires, 1947, caps. I al IV, pp. 89-106.

acceder a la existencia si no es en un área sagrada por excelencia, quedan entonces maravillosamente claros para nosotros los simbolismos de las ciudades sagradas («centros del mundo»), las teorías geométricas que aparecen en la fundación de las ciudades, las concepciones que justifican los ritos de su construcción» (38).

Venus o el símbolo natural de Quetzalcóatl

Cuando hablábamos de la historia de *Quetzalcóatl* habíamos dejado sin abordar la cuestión de saber si, en efecto, después de su muerte, había descendido a los infiernos, y si se había convertido a continuación en estrella de la mañana; mas ahora no nos es posible ignorar el problema, pues intentamos elucidar, precisamente, no el contenido histórico de estos hechos, sino su contenido mítico. No podemos negar que *Quetzalcóatl* descendiera a los infiernos, por una simple razón de principio: no nos toca a nosotros negar el mito, sino explicar su génesis (formación), su contenido significante y su estructura.

Volvemos a encontrar aquí el hecho de que el mito proyecta una luz retrospectiva sobre la historia. Podríamos incluso afirmar que en el caso que nos ocupa, el mito crea la historia y está subyacente a ella. Veamos:

1) El movimiento del sol y de los planetas, con sus adyacentes el tiempo y el espacio y el cambio en general han sido los motivos permanentes de admiración (zaumadsein) en todos los pueblos primitivos y de las primeras grandes civilizaciones.

2) Muy frecuente ha sido también la tendencia a establecer una relación entre los ciclos de los astros y los ciclos agrícolas y humanos de la muerte-vida-nueva vida. Ello es particularmente verdadero en el caso de los nahuas, pues son ellos quienes traducen en categorías telúricas la simbología astral de *Quetzalcóatl*.

3) Personalizar e individualizar esas fuerzas, atribuyéndoles un poder propio, ha sido casi siempre la respuesta del primitivo a esa admiración y a esa extrañeza.

4) Este antropomorfismo crea un personaje (mito) que alcanza una realidad y una consistencia tan independientes que acaba siendo más real que la realidad misma que le dio el ser.

5) Ese personaje ya no es el símbolo de la cosa que le dio el ser, más bien al contrario, es la cosa —el astro en este caso— la que se convierte en signo y símbolo del nuevo personaje.

---

(38) Eliade, Mircéa: *Le mythe de l'éternel retour*, París, 1969, pp. 30-31.

Venus es, pues, el símbolo de *Quetzalcóatl*, y no a la inversa. Por supuesto que para los antiguos mexicanos era el Sol y no Venus la fuente de vida y de poder. Digamos que el Sol es el «porqué» y el «para quién» últimos, el todopoderoso de allá arriba, la suprema aspiración de aquí abajo, el comienzo y el fin de todo movimiento. El movimiento es simbolizado por Venus y personalizado en *Quetzalcóatl*. *Quetzalcóatl*, en virtud de la fuerza que le concede su nombre, es el primero en recorrer ese camino, como vemos (los antiguos mexicanos lo veían también) que Venus lo recorre.

Tanto los manuscritos mayas como los nahuas confirman que los antiguos mexicanos habían observado un período de Venus de 584 días. Pero el período real es más pequeño, exactamente de 583 días, 22 horas 6 minutos y 40 segundos. Los mexicanos no ignoraban esa diferencia, y cada 88 años, según el Códice Nuttal, interpretado por Eduard Seler, intercalaban un año de 361 días, corrigiendo así el error inicial (39).

La muerte del planeta estaba fatalmente decretada. Pero por la lucha y por la voluntad, Venus renacerá al Oriente para comenzar un nuevo ciclo de vida-muerte-nueva vida. Nunca insistiremos lo bastante sobre este aspecto particular de la psicología del antiguo mexicano: su fatalismo. Veamos algunos ejemplos de ello en su literatura:

¿A dónde iremos que muerte no haya?
Por eso llora mi corazón.
Tened esfuerzo, ¡nadie va a vivir aquí!
Aun los príncipes son llevados a la muerte:
así desolado está mi corazón.
¡Tened esfuerzo, nadie va a vivir aquí!
... ...
Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar:
¡No, no es verdad, no es verdad,
que venimos a vivir en la tierra!
Como hierba en cada primavera
nos vamos convirtiendo:
está reverdecido, echa sus brotes,
nuestro corazón.
Algunas flores produce nuestro cuerpo
y por allá queda marchito.
... ...
¿Es verdad, es verdad que se vive en la tierra?
¡No para siempre aquí, un momento en la tierra!

(39) Cf. Beyer, Hermann: *Mito y simbología en el México antiguo*, Sociedad Alemana Americanista, 1965, p. 291. Ver también *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Congreso del Centenario, 1910, México, 1912, pp. 134-139.

Si es jade, se hace astillas,
si es oro se destruye;
si es un plumaje de quetzal, se rasga.
¡No para siempre aquí, un momento en la tierra!
... ...
Me siento fuera de sentido,
lloro, me aflijo y pienso,
digo y recuerdo:
¡Oh, si nunca yo muriera,
si nunca desapareciera...!
¡Vaya yo donde hay muerte,
donde se alcanza la victoria!
¡Oh, si nunca yo muriera,
si nunca desapareciera!
Yo, yo ahora digo:
Sólo por breve tiempo, cual flor de la magnolia,
hemos venido al mundo a abrir nuestra corola.
Hemos venido solamente a marchitarnos,
¡Cese por un momento la amargura:
aún por un momento disipemos la pena!
¿Qué cantaremos, oh amigos míos?
¿Con qué podemos tener deleites?
¡Nacen allá nuestros cantos,
donde nació el atabal!
Sufro yo sobre la tierra, en donde ellos vivieron.
Se irá enlazando la amistad,
se irá enlazando la unión,
se ha de hacer el festín al
al lado del atabal...
¿Pero habré de venir yo?,
¿habré de elevar un canto?
Yo solo estoy aquí y ellos están ausentes:
Entre las tinieblas y el olvido habré de seguir durando.
Creamos al corazón: ¿Es nuestra casa la tierra?
¡Sólo en un lugar de angustias, sólo en un lugar de penas
viviendo estamos! (40).

Esa problemática interna y social hizo que estos pueblos buscaran una liberación, al igual que la luz prisionera vence a las tinieblas y se integra a la fuente de toda luz; al igual que *Quetzalcóatl*, ese personaje ambiguo, como su nombre lo indica, pues él fue el primero en abrir el camino a una tal transformación, dándose a la virtud y no rehusando el sacrificio, ni siquiera el de la propia vida (41).

Paradójicamente, este deseo de libertad, ansiosamente buscada en el cosmos que amenaza quitárnosla, se torna en un determinismo

(40) Garibay, A. M., *o. c.*, pp. 59, 61, 65, 68.
(41) Para un conocimiento más profundo de las fases de Venus, cf. manuscrito de *Dresde*.

aún más refinado. Para resumir, diremos que Venus sube hacia el Sol, desaparece en él, ebria de su luz, y reaparece al Occidente para caer en tierra como un guerrero vencido. Mas no solamente cae a la tierra. Extendiendo su simbolismo natural, podemos decir que se entierra, que inicia un camino subterráneo que está marcado por la lucha y que culmina con su reaparición en el Oriente. Ese es el itinerario de la luz. Ese es el camino hacia la luz en la religión nahua.

b) *La iconografía de Quetzalcóatl y de Venus*

En su movimiento vespertino de caída, los dos están representados por una imagen de *Quetzalcóatl* que está cayendo sobre la tierra. Pero después de su llegada a la tierra para continuar su viaje nocturno, al tener su primer contacto con la materia, Venus está representada por el signo o por la imagen de la dualidad entre los nahuas: *Xolotl*. *Xolotl* significa a la vez «perro» y «gemelo». El perro es el símbolo de la muerte. Un perro acompañaba en sus tumbas a los muertos cuyos cadáveres no eran quemados (los ahogados). También es el perro el signo del fuego, y así aparece más de una vez viniendo del cielo portador de una antorcha. Otro símbolo del fuego es el tigre. Por eso a veces le vemos sustituyendo al perro. Incluso no es aventurado decir que la iconografía nahua ha preferido el tigre al perro para acompañar a esta chispa divina a su paso por la tierra. Se debe, sin duda, esta predilección al carácter decisivo y terrible que se atribuía a la lucha que debía librarse en las profundidades para volver al sol naciente esta chispa divina sana y salva. Por eso, tanto el tigre como el perro poseen un carácter eminentemente guerrero.

El nahua es, pues, consciente de que un «maná», por así decir, de «allá arriba» vino a la tierra, se instaló entre los hombres de «aquí abajo». Sabe también que el objetivo de ese «maná» no es quedarse aquí indefinidamente, sino que vino a seguir su camino, a hacer lo que debe hacer y a retornar allí de donde vino.

Pero ¿qué es lo que debe hacer a su paso por la tierra? El hombre se siente actor, coactor y responsable de la eficacia del fuego. Para poder ser liberado sabe que no hay otra alternativa que integrarse a la luz, pues para eso vino la luz a la tierra, para liberarle y llevarle con ella. Pero esta integración es dura, exige una generosidad sin reservas, porque es una lucha intrépida. En efecto, si el hombre necesita del fuego para integrarse a la luz, no es menos cierto que el fuego tiene también necesidad del hombre para ser defendido al atravesar las tinieblas de aquí abajo. Portador de una

chispa de luz divina que deberá transformarle y llevarle allá arriba, el hombre sabe que tiene un papel activo que desempeñar en este proceso de transformación.

Por eso encontramos en *Teotihuacán* figuras mitad felino, mitad hombre. Dicha dualidad hombre-tigre se manifiesta igualmente en el aspecto socio-religioso, donde apareció una orden, mitad religiosa, mitad militar, que se llamaba «Caballeros Tigres» (42).

El tigre es, pues, la imagen nahua del hombre, modelo de comportamiento ante las posibilidades ofrecidas por la divinidad.

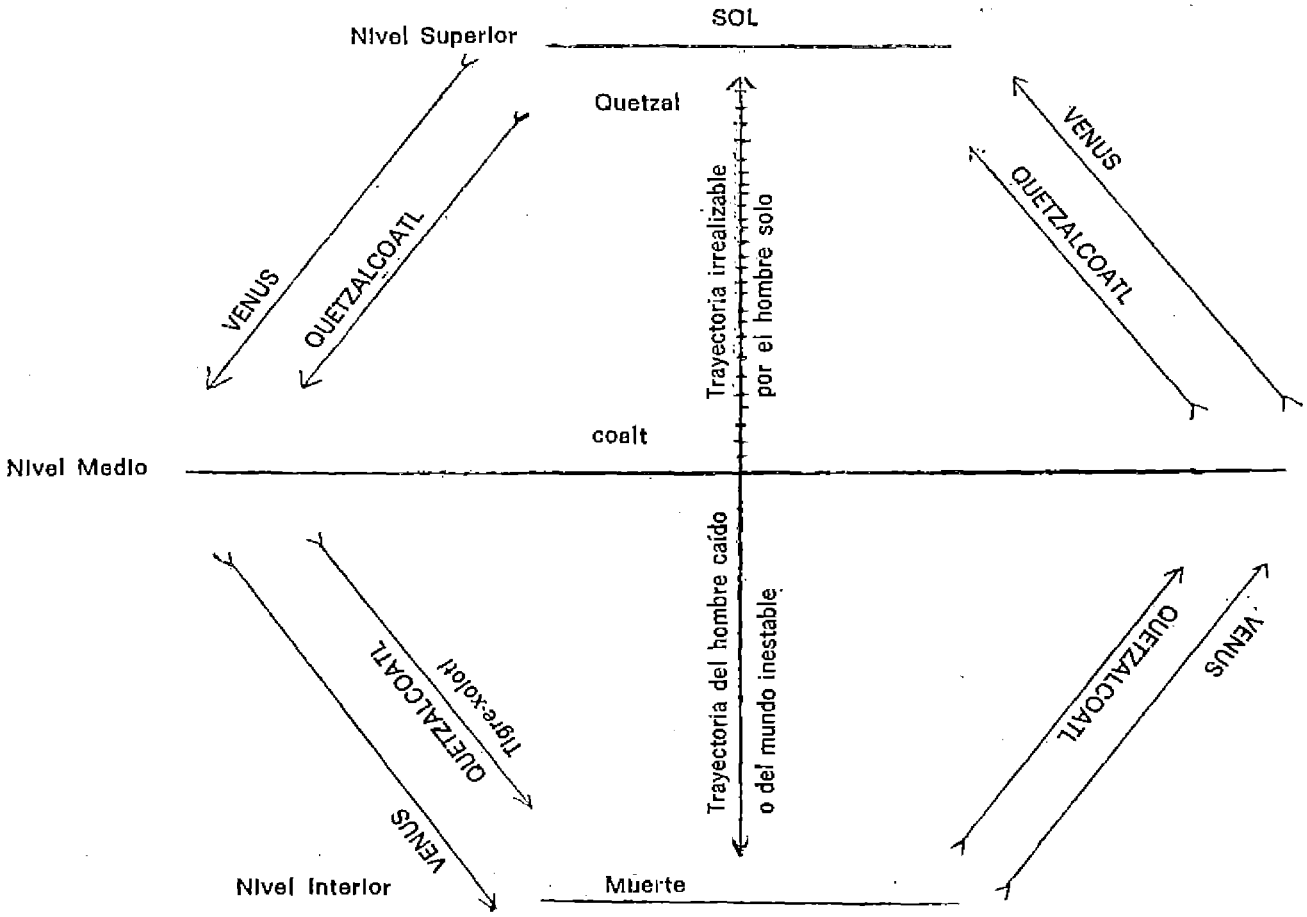
c) *El descenso a las profundidades*

Ya hicimos alusión al tresbolillo, signo de las cuatro direcciones y de la unión cósmica realizada por el centro, de los tres niveles, por así decir, del cosmos. El hombre, que siempre se ha visto en el nivel medio, ha sido con frecuencia víctima del vértigo que producía en él la proximidad del abismo, así como la posibilidad de una degradación, o simplemente de una desaparición. El ser consciente es pasible de angustia, y por una misteriosa ley psicológica «subir» ha sido siempre signo de liberación, mientras que «bajar» lo ha sido de esclavitud, de anonadamiento, de perdición. Para los antiguos mexicanos, Venus baja, pasa por el centro del tresbolillo y desciende hasta el fondo del eje, es decir, hasta los infiernos.

Según los Códices Borgia y Féjervary-Meyer, la razón de este descenso no es sino liberar de la muerte a los muertos para darles una nueva vida. Los despojos de los antepasados, unidos a la nueva chispa traída por *Xolotl* y vivificados por ella, se convertirán en un hombre nuevo, se instaurará una nueva era, la era de *Quetzalcóatl*, es decir, la era del sol actual.

Recordemos que fue *Quetzalcóatl* cuando era un simple humano quien aceptó el sacrificio y se convirtió en estrella de la mañana, convirtiéndose así en el pionero y en el mártir de un nuevo camino a seguir. Pero hay que observar igualmente que es el mismo *Quetzalcóatl* quien, una vez convertido en divinidad y en forma de *Xolotl*, «baja», toma a los hombres y los «sube»: los resucita (ver figura). De este modo se encuentre *Quetzalcóatl* en la base de dos movimientos: el de la serpiente para liberarse de la materia y el del pá-

(42) «De sus relaciones intercambiables nace el Caballero Tigre, miembro de una orden religiosa cuya misión es una guerra que no puede pretender más que la victoria sobre la materia, la defensa del fuego original contra su posible contaminación con la inercia». Séjourné, Laurette: *América Latina. I. Antiguas culturas precolombinas*, Madrid-México, 1971, página 263. Esta institución tenía asimismo su paralelo en otra denominada «Caballeros Aguilas».



jaro para obtener garras de serpiente, realizando de esta manera la unión cósmica que simboliza el tresbolillo (43).

En la praxis cotidiana, el ideal religioso de todo mexicano consiste en capturar prisioneros en la guerra para sacrificarlos después, ya que la sangre de éstos constituye el alimento material del sol, sin el cual éste se detendría. Es en esta perspectiva cósmica donde hay que situar, para su recta comprensión, el estudio de la guerra y del sacrificio humano entre los aztecas.

ANGEL ARJONA SANTOS

Cátedra de Antropología Cultural
Universidad Centroamericana
MANAGUA (Nicaragua)

(43) Cf. los poemas épicos recogidos por Garibay, *o. c.*, pp. 15-18. Otros muchos aspectos podrían ser examinados sobre la riqueza iconográfica del descendimiento a las profundidades. Sobre el tema puede encontrarse una exhaustiva documentación en Seler, Eduard: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischer Sprach-und Altertumskunde*, Berlín, 1902-1923. Thompson, J. F.: «Maya Hieroglyphic Writing. A Introduction», en *Univ. of Oklahona Press*, Wáshington. 1950; 2.ª edición, 1960. Beyer, Hermann: *Mito y simbología en el México antiguo*, México, 1965.